

Noticias bibliográficas y literarias

DON GARCÍA ALMORABID. *Crónica del siglo XIII*, por D. Arturo Campion.—Entre las producciones, a cual más notables, de tan eximio escritor, figurará desde hoy, ocupando á nuestro juicio uno de los primeros puestos, la preciosa novela histórica que lleva aquel título, y forma un lindo volúmen, elegantemente impreso en el acreditado establecimiento de D. Eusebio Lopez, de Tolosa.

Dicha obra es un cuadro de la sociedad nabarra de entónces, pintado con gran relieve y viveza de colorido, en completa armonía con el primor de la frase.

Felicitamos á nuestro querido amigo y colaborador por su bellissimo trabajo, agradeciéndole el ejemplar que nos dedica, y tenemos el gusto de transcribir el siguiente capítulo:

EL DILEMA DE D. GARCÍA.

La luz moribunda del crepúsculo se fundía armoniosamente con la atmósfera de calma, recogimiento y silencio absolutos que reinaba en la estancia donde habian acostado al herido. El calor, muy sofocante todavía, á pesar de la proximidad de la noche, provocaba en los cuerpos sensaciones decansancio y pereza, predisponiéndolos á permanecer en reposo y aumentando la solemne quietud de la cámara, habitada por el dolor y la piedad.

Raul, tan blanco como las vendas que le envolvian la frente, pero con los rosetones de la fiebre encendidos en las mejillas, pronunciaba, de cuando en cuando, palabras incoherentes. Blanca Almorabid, le-

vantándose entónces del cofre de roble tallado que le servia de asiento, suave y callada como un rajo de luna se acercaba al herido, dándole á beber en una tacilla de plata. Raul abria desmesuradamente los ojos, sonreía dulcemente, y decia, balbuciendo: «el ángel... el ángel... me da la vida... gracias» y otras palabras, igualmente tiernas y agradecidas.

Y en verdad que Blanca era semejante á un ángel. Andaba ligeramente, cual si rozase el suelo. Sus movimientos eran ondulantes, y curvas las líneas de su cuerpo, sin ninguna rigidez ni ángulos, cayendo blandas desde su cuello de paloma hasta sus piés de niña, dibujaban una figura erguida, esbelta y cimbreante que evocaba las imágenes de los más graciosos árboles, del pino que sube y del saúce que se inclina. En su cara, de expresion noble y puros rasgos, imperaban, como soberanos, sus ojos rasgados, de mirar sereno, causando maravilla que, á pesar de ser tan negros, fuesen tan dulces y no obstante su hermosura, tan humildes.

Quiso Blanca, en varias ocasiones, retirarse, pero otras tantas hubo de renunciar á su propósito. Apénas se aproximaba á la puerta, Raul perdía el sosiego; se revolvia en la cama, intentaba incorporarse, cruzaba las manos en actitud de súplica, la angustia descomponia su semblante. El médico judío, despues de hacerle la cura, al despedirse hasta la próxima visita, recomendó quietud y tranquilidad completa; de lo contrario, peligraba la vida del paciente. Y la compasion paralizaba los piés de Blanca.

Además, el gallardo mancebo era su deudo, y bastante próximo. La madre de Raul y la de Blanca, champañesas ambas, eran primas carnales. Este parentesco habia creado relaciones intimas entre la familia Almorabid y la familia Cruzat. Aunque la primera se ufanaba con el lustre de su añejo apellido, con su noble oriundez nabarra, con su inmemorial rico-hombría y se hallaba por tanto, predispuesta á desdenar á una familia advenediza y del estado llano, las inmensas riquezas que los Cruzat habian conseguido acumular con su comercio y el rango preeminente que ocupaban entre los burgueses de San Cernin, consiguieron modificar aquel afecto. Los Cruzat no eran ya tampoco los oscuros mercaderes que vinieron de Carcasona á repoblar el Burgo en tiempo de D. Alfonso el Batallador. La tendencia de las clases que emergen del pueblo, es la de imitar á las clases dominantes, que eran entónces las clases nobles. D. Aymar Cruzat alternaba, sin infe-

rioridad personal ninguna, con los más altivos Barones. Era como estos, valiente y guerrero y les aventajaba en cultura de espíritu y en habilidad para resolver los asuntos que no dependen exclusivamente de la fuerza bruta. Regia su casa de comercio con la misma pericia que mostraba rompiendo una lanza en los torneos. Y como era uno de los principales personajes del Burgo, resultaba uno de los más conspicuos del Reino. Magdalena de Marigny, su esposa, le había comunicado el prestigio de la sangre noble. Comenzaba, entónces, á revelar su poder el dinero, preluando á importantes transformaciones sociales, y D. García, atento siempre á aumentar su personal influencia, buscó su acrecentamiento, preparando los medios para que su familia adquiriese una gran riqueza. Mientras Blanca crecía y se educaba en el castillo señorial de Rahondo, mil y mil veces sus padres le hablaron de un primo que ella tenía, llamado Raul, el cual andaba por el mundo aprendiendo todas las gentilezas de los caballeros, destinado, acaso, á ser su esposo. Raul le era desconocido personalmente, pero de su nombre estaba henchida la imaginación de Blanca. Era Raul, para esta, un ser ideal, con todos los encantos de lo desconocido y de lo misterioso, una figura vaga que tomaba cuerpo en las más peregrinas perfecciones soñadas. Y hé aquí que, á la hora misma en que sus dos familias subían á cabezas de dos bandos irreconciliables, en que el antagonismo de las dos razas cuya sangre llevaba en las venas iba á reventar como un volcan, la casualidad se lo traía á casa, de igual suerte que el océano arroja un náufrago á la orilla. Y se lo traía, adornando su venida con todos los rasgos y circunstancias más á propósito para confirmarla en sus afectos y ensueños: penetrando bizarramente en una ciudad enemiga por conocerla, riñendo lucha desigual con implacables enemigos y recibiendo una herida en tan caballerisca y apasionada empresa.

Salvaba, sin mengua de las ilusiones, el difícil paso de lo ideal á lo real, lisonjeada en su amor propio de mujer por haber excitado una curiosidad hasta tal punto peligrosa, cuyos anhelos recompensaba el consuelo de la presencia. Pero estos destellos de interior contentamiento se apagaban entre las sombras de la inquietud. En un momento había perdido su fé íntegra hasta entónces, por la inexperiencia y el optimismo natural de la juventud, en la facilidad y perpetuidad de la dicha, ilusión, la más bella de todas las que se posan en el alma en flor. Adivinaba, confusamente, que somos el hilo de una trama, la

gota de un torrente; que formamos la parte de un todo y que la soberanía del deseo se atenúa con la esclavitud de los hechos.

Su padre y los del bando de este que se reunían en el palacio para concertar planes de guerra contra los Búrgos, amenudo habían hablado delante de Blanca. Qué eran entónces los Búrgos para ella? Un muro depiedras grises, nada más. Y ahora, repentinamente tomaban cuerpo en un gallardo mancebo que era miembro de su misma familia y que, según los más claros indicios, la amaba. Por primera vez entreveía ese gigante de bronce, llamado lo imposible.

En estos términos, pero con más confusos conceptos reflexionaba Blanca cuando volvía á sentarse sobre el cofre, despues de haber servido de beber á Raul. Su piel fruncia una levisima arruga entre las arqueadas cejas. Guillermo, sentado á su lado, la contemplaba con esa expresion de anhelo, propia del sediento caminante cuando descubre el fresco manantial. Mas tambien vagaba una sombra de tristeza por sus ojos embelesados.

Cerró la noche, una de esas claras noches estivales cuya límpida atmósfera transmite los ruidos, por ténues que sean. A la vez que los azulados reflejos del cielo, penetraba por la estrecha ventana un rumor confuso de voces y pasos, como de muchedumbre que bulle. Guillermo y Blanca levantaron la cabeza; Raul estaba profundamente dormido. Blanca aprovechando la buena coyuntura que se le ofrecía, salió de la cámara.

Jordana, la nodriza, estaba aguardándola.

—Qué hay?

—Iba á llamarte. Tu padre acaba de llegar. Se ha traído consigo á los banidos de las Montañas. La ciudad entera se ha echado á la calle, entre gozosa y espantada. Todos aplauden la feliz ocurrencia de acorrernos con esos auxiliares, pero muchos temen recibirlos en sus casas. Otros ven que se desvanecen las quimeras de pactar nuevas uniones con los Búrgos y se lamentan. Llegó la hora: ó ellos, ó nosotros. A ningún burgués le han de perdonar la vida, ni siquiera á los que están arriba refugiados.

Blanca retorció sus manos, horrorizada por las manifestaciones de ódio que oía.

—Pero mi padre...

—Está abajo y quiere verte.

Momentos despues Blanca se presentó ante su padre, quien la es-

tuvo contemplando con tenacidad impasible, sin pronunciar una palabra. La pobre niña no acertaba á levantar los ojos. Temia que el Rico-hombre la reprendiese por la compasiva hospitalidad que habia concedido á los dos burgueses; intentaba alegar: una disculpa, pero sin conseguirlo, porque la generosidad de su carácter y la conciencia, le decian de consuno: has obrado bien.

—Padre... estaba yo... vinieron... me pareció cobardía...—balbució Blanca.

D. García, sonriendo, se acercó á su hija, la abrazó con mucho afecto y le dijo:

—Gracias á la charla de Jordana, sé todos los pormenores del suceso que te azora. Apruebo en todas sus partes tu conducta. Te alegras, verdad? Quiero que al hijo de Aymar Cruzat se le cuide tanto en mi casa, como si estuviese junto á su madre. Te llamé para recomendártelo así.

Y en tono chancero prosiguió:

—Mucho ojo con Jordana. Es tan exagerada en sus afectos, que sería capaz de echarle ponzoñas en las medicinas, Te calumnio, nodriza?

—*Echeko-jauna!*— respondió esta;—mi ódio y mi amor son como la flecha: vuelan por medio del aire, á la luz del sol.

—Retírate á tus habitaciones, Blanca, y que nada de lo que sea preciso ni agradable faite al herido. Las discordias no han de ser parte á convertirnos en fieras que no respetan el parentesco.

—Sabeis, padre, que el herido está acompañado de un amigo; que es burgués como él?

—Cabalmente, me habia olvidado de ello. Dile que baje, deseo hablarle.

Blanca besó á su padre en la frente, y del todo tranquila y muy gozosa salió de la estancia. Jordana, en actitud huraña, permaneció inmóvil, parando sus ojos negros en elrostro de D. García.

—Cosas de este mundo! Acabo de darle una alegría á mi hija que estaba avergonzada de tener buen corazon, pero á costa de una grave contrariedad: te he disgustado, Jordana?

La nodriza, por la burla, se puso colorada, pero conservó su actitud hostil.

(1) Señor, amo de casa.

—Mi conducta te repugna y la censuras mentalmente?—preguntó D. García con entonación aún más irónica.

—Dios me guarde, echeko-jauna, de censurar vuestros actos, ni de pensamiento siquiera. En todo esto, hay algo, sin embargo, que me importa poner en vuestro conocimiento. Las mujeres, ¡algún dón hemos de tener! vemos ciertas cosas mejor que los hombres, y sobre todo que los hombres distraídos y preocupados como vos en negocios de peso y gravedad. Pienso que os place consentir ó favorecer el trato de Raul y Blanca: os pronostico que se amarán; acaso se aman ya.

—Pudiera ser ese un peligro y lo tendré en cuenta: gracias, no driza. Los que hace tiempo que no somos jóvenes, olvidamos fácilmente las pasiones de la juventud. Pudiera convenirme que nazcan simpatías entre ambos; pero amor.... Las situaciones francas no corren bien por mis caminos sin luz todavía. No consiento que nadie me fuerce la voluntad. Ya ves, como que tocante á Raul he de escoger, con mucho sosiego, entre dos extremos muy desemejantes.

—Pues qué pensais hacer de él?

—O casarlo... ó matarlo,—replicó D. García con perfecta tranquilidad.

Jordana se estremeció, como si hubiese penetrado, de golpe, en un ambiente muy frío.

—Eres mujer hasta el cabo de los cabellos; impresionable, inconstante, dura en las palabras, blanda en los actos. Hace pocos momentos, te parecía muy mal que no mandase arrojar á Raul por la ventana. Ahora, por la remotísima posibilidad de que lo mate, tiembas.

Si los Burgos estuviesen hacinados en forma de pira, sería capaz de ponerles fuego y de cubrir los alaridos de las mujeres y los ayes de los niños con mis carcajadas. ¡Pero matar sin ódio, por conveniencia y cálculo.... ¡oh Dios mio! eso jamás!

Una sonrisa desdeñosa asomó, momentáneamente, á los labios de D. García. Despues de una pausa, añadió:

—Esta noche, más tarde, vendrá á tomar órdenes tu hermano. Apénas hemos hablado de tí en el camino, pero estoy seguro de que te buscará para verte y hablarte.

—¡Infeliz! Y qué conserva, del sér que fué mi hermano? Infeliz, infeliz, infeliz mil veces! Lo esperaré, saldré á su encuentro. No puedo negarle este consuelo pues aún es hombre.

—Jordana, pésa tu valor y energía. Despues de una separación tan

dilatada, la emocion pudiera venderte. No fies demasiado en tu templo.

—Tomaré ejemplo de vos,—replicó Jordana en tono de amargura indecible.

D. García palideció. Los músculos de su cara, habituados á producir impasibilidades marmóreas, se agitaron convulsivamente.

Siguió un silencio embarazoso, de esos que no se sabe cómo romper. Fuera sonaron pisadas de hombre.

—El burgués viene,—dijo Almorabid;—déjanos solos,

Y al ver que Jordana salía y que Guillermo Annelier entraba, don García respiró desahogadamente.

MEDITAZIOA.



(BUKAERA.)

Eta ikustean nere oñetan osiñ ondo gabea, eta nere burugañean, zerukabugabea, arkitzen zan nere animan betikotasunaren itzal gisa-ko gauza bat; eta itzal onek adierazten ziran Jaungoikoa, eta nola Jaungoikoa baizegoen nere biotzean, bera toki guzietan ikusten nuan. Jaungoikoa zeruan, Jaungoikoa ichasoan, Jaungoikoa lurrean....Jaungoikoak guzia betetzen zuela. Eta neregannion, lurra, ichasoa eta zerua izan baño len, Jaungoikoa zegoen izen gabeko gauean, egitura gabeko ezereztasun bakarrezkoan, betikotasuna beregan eramaten.

Eta betikotasunean zegoela sortu zuendenbora. Eta eunkiak beren ibillera arrigarritzkoa asitzean, eta lurra naspilla egitura gabekotik laño beltz tartetik chimist eder bat bezela irten zanean, ichasoak laztana eman zion ametsetan, zerua agertu zan zoragarria, eguzkiak zabaldu zituen argi ujola aundiak, eta ainbeste gaztetasun, edertasun eta gloriaren tartean, gizonak oña lurrean jarritabekokia zeruronz alchaturik, adoratu zuen bere Jaungoikoa, gizonak, diot, zeru lurra baño. aundia-goa danak, oen Egillea ezagutu dezakealako.

Orduan sentitu nuen nik nere biotzean gizonaren aunditasun gu-